

## EDITORIAL

### CENTENARIO DEL CONSERVATORIO (\*)

**L**A República de Chile fué una República de primavera. Fué la estación de las flores la que entibió con el sol de Septiembre el pensamiento de los próceres que crearon la Nación. El despertar de la naturaleza después de los hielos del invierno, fué también la época señalada para hechos memorables que hacen ilustre la historia de nuestra cultura, que colocan a este país lejano a la cabeza de los jóvenes pueblos que estructuraron su vida intelectual hacia mediados del último siglo. La Universidad de Chile nace en Noviembre de 1842 y pocos años después, en un día como el de hoy, seguramente con el mismo sol, embalsamado por el aroma de los patios que ornaban entonces tanta casa solariega, el ilustre Presidente don Manuel Bulnes puso su firma al Decreto que creaba la «Escuela de Música y Canto», que se instituía como base para que de ella saliera el futuro Conservatorio con que soñaban tres visionarios, don Miguel de la Barra, don Pedro Palazuelos y don José Gandarillas. Habían descubierto ellos la feliz oportunidad del arribo a Chile de un ilustre músico francés, M. Adolfo Desjardins, llegado a Valparaíso en una de las innumerables caravanas que cruzaron los mares tentadas por el oro de California.

Fué en otra primavera, y en medio de las Fiestas Patrias que el Conservatorio fué solemnemente instalado y declarado completo, en una ceremonia de inusitada pompa, que revela la importancia y la jerarquía que nuestros gobernantes dieron al establecimiento de la educación musical bajo la égida del Estado. En la orden del día de la Plaza de Santiago para las fiestas de Septiembre de 1852 se lee lo siguiente: «A las 2½ de la tarde, las compañías de Granaderos de los seis cuerpos de infantería cívica de esta capital, con sus respectivas bandas de músicos, gastadores y banderas, se hallarán

---

(\*) *Discurso leído por el decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales en la velada conmemorativa, celebrada en el Teatro Municipal, el 26 de Octubre de 1949.*

---

en la plazuela de la Compañía al mando de un jefe, para hacer los correspondientes honores a S. E. el Presidente de la República, quien con todas las corporaciones, debe concurrir al Salón del Senado para solemnizar la instalación del Conservatorio Nacional de Música».

Uno puede imaginar el magnífico cuadro del Presidente don Manuel Montt llegando con su aire grave al Congreso, acompañado de todas las autoridades de la República y recibido con honores militares en los momentos en que públicamente se declaraban inauguradas las tareas todas que debía abarcar el Conservatorio.

Doña Isidora Zegers de Huneeus, la ilustre promotora de nuestra cultura musical, nombrada Presidente de la Academia, declaró instalado el Conservatorio con sencillas palabras y las actividades de nuestro primer establecimiento musical comenzaron a desarrollarse a través del siglo que en estos momentos podemos con orgullo contemplar. No era raro que en la mente de los hombres ilustrados que formaron la esclarecida y célebre generación del 42, anidara el pensamiento de conceder a las artes y entre ellas a la música, una jerarquía superior. Ya en 1811 ese hombre magnífico y visionario que fué don Manuel de Salas, a cuya iniciativa se deben todas las grandes líneas que ha seguido la educación pública chilena, había hecho crear, por primera vez, la enseñanza musical como ramo integrante e inseparable de la educación secundaria. Siguiendo las ideas de Salas, don Salvador Sanfuentes había establecido poco antes que el Conservatorio, una cátedra de música en la Escuela Normal de Preceptores, que inició la carrera del profesor primario. Es decir, que la generación del 42 arraigó la música en todos los aspectos de la educación pública, en la formación del profesorado urbano y rural, en los planes de estudio que debían seguir los futuros universitarios.

Cuando leemos hoy día las declaraciones de principios de los que fundaron nuestra Casa, vemos que no sólo tuvieron los fines utilitarios y profesionalistas que asemejarían el Conservatorio chileno a los conservatorios europeos de origen, sino que se entendía ya que la música, además de su significado intelectual, tiene una principalísima función social y una misión de ennoblecer la vida como para justificar el establecimiento de escuelas musicales por parte del Estado. Es interesante constatar que desde el momento en que nace el Conservatorio se precisa con claridad la diferencia que existe entre los que han de servir la causa de la música con su actividad profesional, con la dedicación práctica de sus vidas y los que

---

realizarían estudios desinteresados con fines puramente culturales. La Academia del Conservatorio, formada por hombres y mujeres a quienes el Presidente de la República concediera el título de miembros de ella, estaba destinada al «cultivo y adelantamiento de la música por medio de la ejecución y estudio de las composiciones clásicas de los grandes maestros». La Academia, según los postulados de la época, debía vigilar los estudios de la Escuela y velar por que la naturaleza de los conciertos se apartara de toda cosa que pudiese corromperlos. Es así como quedaban proscritas de la música del Conservatorio todas las alusiones a personas y se exigía que aun la patria fuera referida «en su más alta abstracción»; la Academia debía velar por la conservación de la dignidad de la música cívica y de la religiosa, apartando de la primera toda expresión afeminada y de la segunda toda liviandad teatral y mundana. La Academia era, en suma, una rectora de orientación, destinada a asentar principios estéticos serios y nobles en la vida musical del país.

Nuestro Conservatorio atraviesa el siglo XIX con no pocas vicisitudes y dificultades. El inmenso cultivo y auge que se da a las actividades teatrales y en especial a la ópera, que recibe el fruto de todas las iniciativas de adelanto, hace que la música se mantenga excesivamente ligada a las necesidades escénicas y que no se cultiven con la misma amplitud otros géneros. La comunicación del arte lírico casi exclusivamente con la vida de los teatros italianos y con sus émulos de Francia, satisface la necesidad musical de Chile, sin que nuestros aficionados conozcan sino en muy corto número y por circunstancias personales, el gran movimiento sinfónico y de cámara que se desarrolla en Europa a partir de Beethoven. Las compañías de ópera traen ejecutantes y completan sus orquestas con elementos chilenos salidos de nuestro Conservatorio, lo mismo ocurre con los cantantes y los coros. El Conservatorio proporciona elementos a las iglesias y a las bandas de las Fuerzas Armadas. Estamos por otra parte, en la época de los virtuosos, de las fantasías y de las variaciones improvisatorias en que el ejecucionismo arrebató las masas; la agilidad de las sopranos debe rivalizar con los arabescos de las flautas. Del constante ir y venir de músicos en torno de la ópera, va quedando una semilla de maestros que forman nuestra tradición instrumental que permite en 1940, cuando se creó la Orquesta Sinfónica de Chile, integrarla con elementos formados casi en su totalidad en el país.

El siglo XIX transcurre para el Conservatorio en una posición que poco a poco se va destacando y en que sus directores van consi-

---

guiendo mejoramientos graduales. Es emocionante leer las innumerables presentaciones que firman hombres como Desjardins, Zapiola, Hempel, Alcalde Spano, Contrucci y Harthan y la lista de decretos que organizan y reorganizan el Conservatorio a lo largo de sus primeros cincuenta años de vida.

En todos estos documentos se ve el deseo de hacer cada día más completa y más seria la enseñanza, de perfeccionar los sistemas y seleccionar mejor los músicos preparados. El Conservatorio cambia de locales, sale del histórico Palacio de los gobernadores, en la Plaza de Armas, para ir a alojarse más tarde en el lugar en que hoy día funcionan oficinas del Senado y conoce, como un privilegio, su instalación en la antigua casa de la calle San Diego, cuyo teatro inaugura con máxima solemnidad el Presidente don José Manuel Balmaceda, el 28 de Diciembre de 1889. Son los días en que el admirable apóstol don José Miguel Besoain lleva adelante una de sus iniciativas para el cultivo de la música de cámara. Del Conservatorio salen los conciertos y don Moisés Alcalde Spano dirige en presencia del Presidente Balmaceda el *Stabat Mater* de Rossini que para nuestros padres representaba lo que para nosotros son las *Pasiones* y los *Oratorios* de Bach. La indispensable brevedad que debemos dar hoy a nuestras palabras me impide hacer un recuerdo de todas las personalidades que cruzaron las aulas del Conservatorio, durante sus primeros cincuenta años de vida. Sin embargo, no podríamos dejar pasar este momento sin recordar además de los Directores ya mencionados antes, a don Domingo Brescia, a don Emilio Cocq, a don Luis Sandoval, el acucioso inspector general que nos legara la utilísima reseña histórica del Conservatorio, a don Celerino Pereira Lecaros, a don Aurelio Silva, y entre los profesores a don Juan Carlos Bajetti, don Inocencio Pellegrini, don Francisco Oliva, don Juan Gervino, don Gilberto Brighenti, don Federico Stöber, don Arturo Hügel, don Germán Decker, don Bindo Paoli, don Carlos Debuysere, don Juan Betteo y muchos otros cuyos espíritus evocamos con afecto.

La llegada del nuevo siglo y el advenimiento de una nueva generación en que podemos ya contar con elementos en todos los campos de la música, produce un rápido crecimiento de nuestras actividades, que se desenvuelven con acelerada intensidad a medida que nos acercamos a 1920, otra época crítica en que todo el andamiaje institucional y cultural de la República sufre el huracán de un impetuoso movimiento renovador.

En 1919, año en que se creó el Consejo Superior de Letras y Bellas Artes, fué nombrado Director del Conservatorio don Enrique

---

Soro, el primer compositor chileno cabalmente preparado que ocupó el cargo. La dirección del maestro Soro se caracterizó por un incremento de la influencia del Conservatorio en los destinos de la educación general y en la enseñanza particular de la música. Nuestra casa realiza serios progresos bajo su guía y la de su colaborador infatigable, el sabio profesor y maestro don Luis E. Giarda. El Conservatorio incrementa y favorece los conciertos y la orquesta dirigida por Soro es la iniciativa más seria que tenemos en el campo sinfónico, antes del establecimiento de las series regulares de conciertos.

En esta misma época, un movimiento venido de fuera del marco de las actividades profesionales de la música se añadió a lo que el Conservatorio y los compositores venían pidiendo. Fué la Sociedad Bach, la que desde 1924 empezó a luchar por un nivel superior para las actividades musicales, por que ellas fueran dirigidas por técnicos que con entera responsabilidad y alta jerarquía decidieran sus destinos, sin influencias políticas ni consideraciones sociales; la Sociedad Bach pidió que el Estado tomara a su cargo la mantención de organismos permanentes de conciertos y que la enseñanza musical fuera paralela e inseparable de los estudios humanísticos y del movimiento intelectual del mundo contemporáneo. Es así como nuestro Conservatorio sufre choques y conflictos en que nos vimos envueltos muchos de los que hoy estamos colaborando. Desde 1925 hasta 1929 se atraviesa por una época de reajustes y reformas, en que ya el Conservatorio no es más una escuela aislada en la educación pública, sino que pasa a constituir la cabeza efectiva de la vida musical chilena que se abre en todos los campos y cuyo centro de gravedad sale definitivamente del teatro para cimentarse en la composición y en la actividad de conciertos. En 1925, un Decreto-Ley convierte el Conservatorio en el núcleo de toda una organización nacional de la música, que no se cumple; en 1927, una Dirección General de Enseñanza Artística tiene un Consejo especial para Música y otro para Artes Plásticas, formados exclusivamente por técnicos. En 1928 el Conservatorio sufre una reestructuración total y se le anexa al Departamento de Educación Artística del Ministerio. Don Armando Carvajal, que pasa a dirigirlo, desarrolla métodos y programas nuevos, ensancha el campo de los conciertos y continúa la evolución y el progreso. Hace justamente veinte años, al discutirse el primer Estatuto Universitario, el que creó la autonomía como una necesidad capital de nuestra Alma Mater, la Comisión redactora vuelve a las ideas que sostuvo en 1892 Barros Arana y

---

crea la Facultad de Bellas Artes. El Conservatorio adquiere el rango de establecimiento de Educación Superior y parte de su profesorado lo representa como catedráticos, por primera vez, en los claustros de la Casa de Bello.

Desde el ingreso del Conservatorio a la Universidad, se arraiga la idea definitiva de que los estudios artísticos tienen todo un marco de disciplina y que el talento debe ir fundamentado en estudios completos humanísticos y científicos, además de la técnica del arte. Las actividades musicales se desenvuelven con extraordinaria celebridad, como si fuerzas contenidas hubieran aguardado el cauce propicio para revelarse en toda su potencia. Después del sabio arqueólogo don Ricardo Latcham, primer Decano de la Facultad de Bellas Artes, que sabe tranquilizar los difíciles momentos en que el arte se eleva de jerarquía, los artistas tienen en don Armando Carvajal, Director del Conservatorio y segundo Decano, el primer representante que haya ocupado un cargo de Consejero en la Universidad de Chile y que al mismo tiempo abordó la realización sistemática de conciertos a través de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfónicos que él dirigió.

A partir de 1932 en que me cupo la honra de entrar a regir los destinos de la Facultad de Bellas Artes, la Universidad de Chile ha sido el más generoso y constante pilar que las actividades musicales hayan tenido jamás en nuestro país. Debo rendir un especial homenaje al Rector don Juvenal Hernández y a todas las personas que en estos 17 años nos han prestado su cooperación como miembros del Honorable Consejo Universitario. Sin la decisiva ayuda del Sr. Hernández, nada de lo que hemos hecho habría sido posible. Nuestros estudiantes disponen desde 1933 de un liceo especial para completar sus humanidades; en 1940 logramos un paso fundamental con la creación del Instituto de Extensión Musical, después de largas gestiones, por medio de la Ley 6696 y su incorporación completa a la Universidad desde Agosto de 1942.

Desde este momento la vida musical chilena, la que generó el Conservatorio y la que las iniciativas de sus directores soñaban, pasó a ser realidad. El Estado destinó fondos para costear los organismos musicales, los entregó a la Universidad de Chile y los nuevos conjuntos, la Orquesta Sinfónica de Chile, el Cuerpo de Ballet, la Música de Cámara, las publicaciones y las presentaciones de todo género, en una obra que ha alcanzado a todo el país y a todas las clases sociales, colocó rápidamente la música en un nivel de tal desarrollo, que nuestro ambiente puede estar orgulloso de haber crea-

---

do un sistema completo como existe en poquísimas partes del mundo. La Facultad de Bellas Artes se hizo estrecha para tantos organismos que dependían de ella y que requerían direcciones técnicas propias y fué así que, después de creado el Instituto de Investigaciones Musicales, nuestra entidad científica, la Facultad fué dividida y la Música, lo mismo que las Artes Plásticas tuvieron separadamente corporaciones de catedráticos. La Facultad de Ciencias y Artes Musicales ha sido el más reciente brote nacido del Conservatorio Nacional de Música que fundara el Presidente Bulnes.

En estos segundos cincuenta años del Conservatorio deberíamos también recordar a muchos profesores y músicos eminentes que participaron en sus trabajos, que dan brillo a nuestro renombre internacional y también a muchos que siguen prestando su colaboración en lo que queda por hacer. En primer lugar debemos recordar con especial afecto a los directores que fueron don Armando Carvajal y don Samuel Negrete, que supieron dar al Conservatorio un constante ritmo de progreso. Así mismo a los profesores don José Varalla, don Aníbal Aracena, don Humberto Allende, don Roberto Duncker, don Reinaldo Cavalli, don Fernando Waymann, don Ferruccio Pizzi y cien otros que han agregado una parte de su saber y su vida a la obra centenaria de esta Casa.

Del Conservatorio han salido figuras como Amelia Cocq, Sofía del Campo, Pedro Navia, Nino Marcelli, Rosita Renard, Arnaldo Tapia, Armando Carvajal, Víctor Tevah, Herminia Raccagni, Hugo Fernández y muchos otros excelentes artistas, cuyas personas son menos conocidas por haber profesado no la carrera de solista, sino la del trabajador que allega sus servicios al esfuerzo colectivo de los conjuntos orquestales o de canto. Muchos de los actuales miembros de la Orquesta Sinfónica de Chile merecerían ser citados como artistas ejemplares por su perfección y competencia. Igualmente, y para terminar, los compositores chilenos que durante una generación completa son principalmente autodidactas, empiezan a egresar con excelente preparación de los cursos de Composición y de Musicología de nuestro Conservatorio. La enseñanza que Giarda, Soro y Allende iniciaron, se continúa en forma de que a partir de la generación actual y del activo Director don René Amengual, el nombre de los jóvenes compositores es inseparable del Conservatorio y de las instituciones que integran nuestra Facultad.

Todo este largo recorrido, todas estas decenas de años, que hoy día miramos con el cariño con que debemos considerar nuestra casa centenaria, señalan uno de los jalones que hacen respetable la his-

toria de nuestra patria y ejemplar el curso de sus instituciones. La cultura de Chile, que abarca el total de las manifestaciones de las letras, la filosofía, las ciencias y las artes, tiene en el caso de la música, un poderoso cauce en que han vaciado sus anhelos y sus vidas miles de hombres que hoy día nos contemplan, seguramente orgullosos del futuro que esperó al Conservatorio. Es una honra muy grande para los que asistimos a este acto y un símbolo de que las tradiciones no se interrumpen ni mueren el que podamos contar entre los presentes a los descendientes de los próceres que crearon nuestra actividad musical: del ilustre don Manuel de Salas, del gran Presidente don Manuel Bulnes, de don José Zapiola, de doña Isidora Zegers de Huneeus, de don Miguel de la Barra, de M. Desjardins. A todos estos vástagos de nuestros esclarecidos antepasados rendimos un homenaje, que la presencia de S. E. el Presidente de la República y de las altas autoridades de la Nación, hace especialmente grato y solemne.

D. S. C.